

PÁGINAS REGENERADORAS

L-651-12

CONFERENCIA

POR

AMALIA CARVIA

Biblioteca de LA CONCIENCIA LIBRE

VALENCIA

Imprenta Unión Tipográfica

Embajador Vieh, 19

F-6481

Ayuntamiento de Madrid

1
BIBLIOTHECA REGIA

CONFERENCE

AMALIA CARVA

107.

PÁGINAS REGENERADORAS

Biblioteca de «La Conciencia Libre»

CONFERENCIA

DADA POR

DOÑA AMALIA CARVIA

EN EL

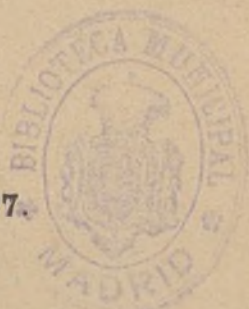
Círculo Educativo Republicano

DE SEVILLA

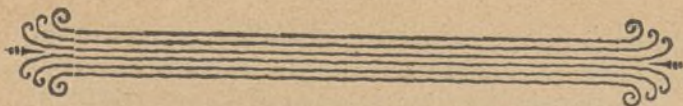
—
Diciembre de 1897.
—

VALENCIA

Imp. Embajador Vieh, 19.



Reg.º 2665.



Señoras y señores:

Cediendo á los deseos que me fueron manifestados por una distinguida comisión de este ilustrado centro, y correspondiendo como era debido á la atención y alta honra de que me hacian objeto, vengo aquí á tomar parte en un acto algo solemne, pues se trata de hacer ver al mundo, cómo una mujer puede ser ya considerada en esta forma y cómo ella responde al honor que se le concede.

Yo no reparo en estos momentos, señoras y señores, en la facilidad ó dificultades que encontrar pueda para lograr un triunfo; yo atiendo, únicamente, á que aquí se me ha llamado para cooperar al trabajo que se viene haciendo, y que mi deber es acudir á prestar mi concurso por pobre que sea, á la grandiosa obra de nuestra propaganda.

Conozco que es grande mi audacia al pretender hacer oír mi débil voz, después de haber sido aquí escuchada la de elocuentes oradores que tan magistralmente manejan la

palabra; pero vosotros, señoras y señores, debéis de tener en cuenta que no es el tribuno el que os va á hablar, al cual puede exigírsele los arranques geniales de la potente facultad, sino que, la que se dirige á vosotros en estos momentos, es una sencilla mujer que sin alardes de la fuerza del verbo, y sin otros méritos que el de una buena voluntad, va á decir algo relativo á su sexo, y por lo tanto, sirva su laudable deseo por disculpa de su pretensión.

No es de hoy el intento de acometer tamaña empresa, cual es la de querer atacar la rutina causa de nuestro atraso; mi juventud entera, se ha deslizado en el silencio de mis pobres trabajos consagrados á tan alta idea, ella ha sido el engreimiento constante de mi mente, la única aspiración de mi vida.

Cuanto se relaciona con el porvenir de la mujer; cuanto contiene el pasado y el presente de miserias y dolores, para ella; cuanto representa, representó y ha de representar en el mundo, la que llaman mitad del linaje humano, me atrae y domina de tal manera, que me es imposible sustraerme al afán que me lleva á hacer un apostolado de este sentimiento que embarga por completo mi existencia.

Nada más natural, al mismo tiempo, que una mujer ponga al servicio de la santa causa que representa la dignificación de su sexo, los pobres dones con que la pueda haber dotado la naturaleza, y que esas puras aficiones que levantan al espíritu llevándole en pos de un ideal, sirvan para dar al mundo algo más de utilidad que los ecos de sentimentales estrofas cantadas en el subjetivismo.

Conocido es ya de todos, el movimiento progresivo que se opera en el mundo civiliza-

do y el cual impele á la mujer á la conquista de sus derechos, despertando en ella el pensamiento de su personalidad. Es de lamentar que se ocupe tan poco la mujer española de la importancia de esa campaña de emancipación que sostienen las mujeres de otras naciones, sin reconocer que semejante indiferencia la priva de poder levantarse á la altura que le corresponde en nuestros días.

En qué consiste esto, bien lo sabemos; está adquiriendo, por desgracia, nuestra pobre España, tan triste fama á causa del atraso en que manifiesta encontrarse, que nada nos debe de admirar. Sin embargo, el inmenso disgusto de contemplarla en tal postración es general, y el pueblo español no pierde ocasión de demostrarlo en continuas protestas. Justo es que si el hombre levanta su voz para imponer á la amada patria el deber de marchar en unión de las naciones hermanas, la mujer le acompañe demandando también para ella el bienestar que implica el adelanto; pero sea el temor á romper de una vez con las añejas costumbres, ó el poco acierto con que calcula su destino, la verdad es que aquí la mujer calla, y rara vez suena entre nosotras el acento femenino clamando por sus derechos.

Protegida por las leyes del progreso, podía ya presentarse en la contienda que se libra, segura de recabar las mismas ventajas que se van consiguiendo en otros países, y no obstante permanece en su indiferencia, pues á escepción de algunas mujeres que han sentado plaza en las filas de los batalladores de los modernos ideales, las españolas guardan un profundo silencio acerca de esa cuestión tan trascendental, como es la del luminoso porvenir que se la prepara.

¿Será que las hijas de este hermoso suelo,

no tienen conocimiento alguno de los grandes problemas que hoy se desenvuelven? En este caso, es menester hacérselos comprender, y decirles las muchas soluciones que se esperan del talento femenino, las suaves reformas que han de deberse á su bondad.

Un clamor inmenso, atronador, se eleva por doquier pidiendo la regeneración social; pero esta regeneración no puede venir por sí sola, hay que traerla por medio de la mujer; esta regeneración que se pide con tantas ansias, ha de salir del hogar cuando él se halle purificado de todas las influencias malsanas que hoy corrompen su ambiente, cuando la mujer regenere la familia al regenerarse ella misma.

Cada período del tiempo tiene sus exigencias sociales, las que se deben atender para bien de la humanidad que camina indudablemente hacia su mayor perfección.

Un día fué el esclavo el que se levantó para conquistar su libertad, y al empuje de su esfuerzo se conmovió la nación que era señora del mundo; otro día fué el siervo del terruño el que alzó la abatida frente, y fijando en el torreón su indignada vista, consiguió desplo-márse el castillo que estorbaba á sus ojos el contemplar los vastos horizontes; ahora toca hacer otra nivelación en el terreno social, para que el mundo consiga la igualdad necesaria á su completa regeneración.

Al preguntarle un día al Cristo, cuándo establecería su reino en la tierra, dicen que contestó: «Cuando dos no sean más que uno. Cuando el hombre y la mujer unidos inseparablemente, no sean más, ni hombre ni mujer.»

Para que esto suceda, para que desaparezca la diferencia extraña que se nota entre los dos sexos que componen la humanidad, es preciso

que la mujer rompa sus cadenas, levante su frente de sierva y consiga el derecho de llamarse con verdad la compañera del hombre. Comprendemos que para llegar á esta igualdad, le es necesario á la mujer hacer un movimiento de avance, y este es el que ejecuta hoy por medio de la educación, en las naciones civilizadas.

¿Por qué en España no hemos de salir de este quietismo que nos deshonra, cuando de todas partes nos llegan los ecos de ese clarín que suena para despertar á la mujer á la vida de la inteligencia?

Por cercanas que estemos á la tierra africana, nuestro espíritu no podrá nunca avenirse á la molicie vergonzosa de esas desgraciadas que pueblan los harenes; tenemos que fundir nuestros destinos con otros destinos más altos, para lo cual debemos de tomar parte en ese concierto de las sociedades que marchan impulsadas por el progreso. El sol del mediodía, da en nuestras frentes, envolviéndola en los reflejos de su esplendorosa luz; no es posible, pues, que en nuestros cerebros persista la obscuridad. No neguemos nuestro suelo.

Hemos dado á la historia tantos nombres de heroínas como cualquiera nación; la literatura patria está enriquecida con obras magistrales de eminentes escritoras; y nuestras musas guardan los ecos de sonoras producciones debidas al ingenio femenino, que aquí ha ascendido al Parnaso con vuelo tan potente como el del mismo Píndaro. ¡Oh, nuestra España no ha tenido que envidiar á ningún país el talento de sus mujeres! Artistas, doctoras, pensadoras ilustres, cuanto haya florecido en otras naciones, ha existido también en la nuestra; ¿y vamos ahora por negligencia

á perder el buen nombre de que gozamos? ¡Imposible! Esa cuestión palpitante tiene que tomar ya carta de naturaleza en nuestro suelo, para bien de los intereses sociales, para bien de la paz doméstica, para bien de nosotras mismas.

Poco trabajo cuesta fomentar tal propaganda. Bastará con que la mujer se entere de que ha llegado la hora de despertar del largo sueño de su ignorancia.

El hombre, ayer refractario á la emancipación de la mujer, comprende hoy las muchas ventajas que reportaría á la sociedad, el poder aprovecharse de la inteligencia y del corazón del sexo que ha merecido el nombre de débil, porque se ha visto imposibilitado de manifestar sus fuerzas. Nada se opone, pues, á esa empresa de instalar á la mujer en el puesto que le corresponde. Ahora que todo el mundo razona, analiza, investiga y discute, sería muy anómalo el negarnos todos esos derechos individuales, conquistados por el progreso.

Los obstáculos que los siglos han puesto ante nuestro paso van desapareciendo: ya el hombre reconoce en la mujer un alma y una personalidad, y en la más ruda lucha en el campo de las ideas, le ofrece cualquier peligroso sitio como á un valiente compañero; y el filósofo, el publicista, hasta el sencillo hijo del pueblo, la concede el lugar que debe ocupar en la vida de la humanidad.

Nada, he dicho, puede detener hoy á la mujer en el camino que el progreso le señala; ni las preocupaciones que huyen ante el resplandor de la razón; ni el antogonismo de ran-cías y absurdas suposiciones; ni Dios, ni la religión.

¿Acaso no sabemos lo que la religión de

Cristo amparó á la mujer en sus derechos de ser inteligente? ¿Quien ignora que en los primeros monasterios fundados por damas cristianas, se dan provechosas enseñanzas, y que las vírgenes allí recluidas consagrábanse con ejemplar devoción á las ciencias y á las artes?

Una de las primeras leyes impuestas á aquellas nobles mujeres, que huían de la corrupción de las costumbres paganas, para entregarse á las puras prácticas del cristianismo, eran las de aprender y cultivar la literatura.

San Cesáreo les amonestaba para que prefiriesen los trabajos intelectuales á las labores ordinarias; y las suaves manos que se plegaban en fervorosos éxtasis, pidiendo al cielo gracia para el corrompido mundo, trazaban también sublimes producciones con la inspirada pluma ó el brillante pincel.

Esas mujeres, llamadas santas adoradas en los altares del catolicismo, fueron notables escritoras, grandes artistas, talentos asombrosos. Santa Gertrudis mandaba al otro lado de los mares por maestros que enseñaran la música, la poesía y el griego á las vírgenes claustrales. Los monasterios de Inglaterra, Irlanda y Francia, eran verdaderas escuelas de mujeres piadosas y eruditas. Sería muy prolijo enumerar todos los nombres de mujeres inteligentes y de corazón, que inspiradas por la fé, envolvieron con los resplandores de sus talentos los primeros días de la era cristiana. Desde Febé, que acompañó á San Pablo en su apostolado, auxiliándola con su elocuencia sutil y su enérgica pluma, pluma que sirvió para trazar aquella admirable epístola que han llamado la Marsellesa de la Gracia, hasta Teresa la doctora de Avila, el ge-

nio femenino cobijado dulcemente en la religión, é inspirado por el fervor de purísimas ideas, arrojó sobre el mundo deslumbrantes destellos de sabiduría y sentimiento, como justo tributo rendido á la doctrina que pretendió redimir á la mujer.

Si; la religión cristiana no puede prohibirnos esta aspiración de nuestra época; no puede impedir que nos eduquemos y nos instruyamos, porque esas fueron sus primeras tendencias. Al exponer más tarde en sus altares, la iglesia católica, las efigies de sus santas, distinguiéndolas con atributos como la pluma del escritor y los instrumentos del artista, así cual vemos á Santa Teresa de Jesús, á Santa Catalina de Bologne, á Santa Cecilia y otras más, nos muestra su aprobación, induciéndonos á seguir esas luminosas huellas que deja el alma fememina, cuando vivificada por el fuego sagrado de la inteligencia, pasa por la vida vertiendo regueros de luz con las palpitations del pensamiento que en alas de un ideal sube al infinito en busca de lo verdadero, de lo bueno y lo bello.

La religión no puede por menos que aprobar lo que Dios con sus divinas leyes ha sancionado.

En la mujer, lo mismo que en el hombre, hay un principio inmaterial, el alma, encarnado en el principio material, el cuerpo, que hace la persona humana, sensible, inteligente, libre, responsable, meritorio y demeritorio.

«Las almas no son hombres ni mujeres, ha dicho uno de nuestros más esclarecidos poetas; iguales facultades han recibido ella y él del Hacedor; para expresar sus pensamientos, poseen un órgano y una forma idéntica, la lengua y el lenguaje.

¿En qué, pues, basan sus argumentos los

detractores de nuestro sexo, para negar á la mujer la dignificación que necesita.

Desde Fenelón acá, se ha adelantado bastante; ya no se discute, si es ó no conveniente el educar á ese ser, que tiene sobre sí una gran responsabilidad para con el porvenir, puesto que la madre ha de crear las nuevas generaciones; al contrario, en nuestro siglo son muchos los que se vienen lamentando de esa fatal rutina que coloca á la mujer fuera de los naturales derechos.

El obispo de Orleans, defensor decidido de nuestro maltratado sexo, suspiraba por nuestro enaltecimiento con poéticas frases.

«¡Ah! decía, ¡Cuándo recibirá la mujer una educación franca y liberal! ¡Cuándo se dará desarrollo á su inteligencia, bajo la sola garantía de su corazón! Cuando esto suceda, se sabrá entonces por qué durante tantos siglos ha sido el mundo tan desgraciado.»

Severo Catalina ha dicho también al tratar sobre el mismo punto: «La mujer es un ser incompleto, porque es un ser ineducado.»

El objeto de la educación, según Kant, es desarrollar en el individuo toda la perfección de que es susceptible. Ya Aristóteles dijo á los griegos: «La educación no es poca cosa: la educación es el todo» y no dejarnos de afirmar por donde quiera que cada uno es hijo de la educación que ha recibido.

¡Cuánto no tiene la mujer que reprochar al hombre! ¡Qué doloroso calvario nos ha hecho recorrer, al privar de luz á nuestras inteligencias!

La palabra *educación* viene de otras dos latinas, *e* y *ducere*; que quiere decir, *sacar de*. Educar no es más que sacar al exterior las facultades múltiples y admirables de que Dios nos ha dotado. Atendiendo á esto, todo cuanto

se ha dicho de la mujer resulta inútil, porque aparte de algunas notables excepciones, la personalidad femenina ha pasado por el mundo sin darse á conocer.

El señor Vilarrasa al hablar sobre este mismo tema, decía: «La educación científica de la mujer, ha de producir necesariamente un bien religioso y un bien social.»

Teniendo la mujer su responsabilidad, la luz de los principios, esclarecen su conciencia y dejan más expedita la acción de su libertad. La ciencia engendra las ideas, domina las pasiones ilustrándolas; y nada temo, al contrario espero mucho de una pasión ilustrada. Además, señoras, acostumbándose al raciocinio, la cabeza de la mujer deja sus devaneos y se ocupa en trabajos de profundización; y la verdad está siempre en el fondo. Yo preferiría ver la mujer en la academia, á verla en otros espectáculos; en ella obtendría la expansión del aplauso, y la sociedad se aprovecharía de la cosecha de sus ideas, hoy casi nulas. Y no lo dudemos, la educación científica espiritualizaría á la mujer llevándola así á un bien moral.»

Desde que el mundo se asustó de aquel concilio de la iglesia católica, en el cual se quiso negar el alma de la mujer, confundiéndola con los seres irracionales, comenzó á iniciarse nuestra dignificación; pero la mujer siguió sumida en su letargo, sin atreverse á sacar provechos de aquella ventaja alcanzada. Hoy que la corriente del progreso intenta llevársela adelante, sería una falta imperdonable en ella, de la que tendría que responder al cielo y á la tierra, si se obstinase en su degradación escondiéndose entre las ruinas del pasado.

Si, señoras mías, el cuadrante del tiempo

señala la hora de levantar nuestras frentes, y dirigir nuestra vista al esplendente sol de la ilustración, que es el que vivifica á la humanidad. Basta de sueño, se nos llama á la vida del siglo y hemos de responder, si no queremos quedar convertidas para siempre en estatuas, como quedara aquella mujer de quien nos hablan las escrituras. Hasta hoy, á pesar de cuanto el hombre ha cantado á la belleza de nuestro sexo, hemos sido tristes larvas; al calor bendito del progreso nos nacieran las alas, y entonces podremos merecer el nombre de ángeles que el mundo en sus entusiasmos nos aplica.

¿Sabéis toda la felicidad que nos traería esa transformación de nuestro destino? De ella vendría la felicidad para nosotras, que nos levantaríamos de una vez del estado de abyección en que estamos retenidas por las costumbres, vendría la felicidad para el hombre, que podría gozar de una paz de corazón no disfrutada aún, y vendría la felicidad para la sociedad, regenerada por el esfuerzo de nuestro espíritu, libre ya de las trabas de la ignorancia.

Desde la aristocrática dama que meció sus infantiles sueños en blasonada cuna, hasta la infeliz hija del pueblo que tal vez durmió sus primeros años entre pobre montón de harapos, todas lograríamos un bienestar apacible no conseguido hasta ahora.

Ha mucho tiempo reconoció el hombre nuestras facultades afectivas y por medio de ellas hemos venido ocupando un sitio en su corazón; hoy reconoce nuestras facultades intelectuales y nos ofrece un puesto al lado suyo en el palenque del pensamiento; aprovechémonos de esta justicia que se nos hace para bien del porvenir humano.

Las horas que se emplean en el estudio, ocupan al espíritu sin permitirle que se extravíe por senderos peligrosos. Si el hombre es tanto más, cuanto más piensa, igual sucederá á la mujer; hasta hoy apenas se ha prestado atención á esas necesidades del espíritu, siendo lo corriente que los padres ahoguen las manifestaciones de la inteligencia precoz de sus hijas, teniendo por inconveniente el talento en la mujer. Tratando sobre esto dice un elocuente defensor de nuestro desgraciado sexo.

«Cómo ¡Pretendéis destruir la obra divina, queréis aprisionar la inteligencia de un alma en la que Dios ha depositado el germen de la vida ideal! ¡Respetáis en los hombres aquel don porque puede conducirlos á un fin lucrativo, á una posición social, pero como en la mujer los grandes conocimientos no tienen valor tangible relativamente, con lo que se aprecia ó paga el trabajo del hombre, creéis más sabio abandonarla á una ignorancia completa! Cortad, pues, las ramas de una planta que necesita para vivir mucho aire, sol y espacio, dejad perder como inútil la savia que la sustenta y conseguiréis hacer de lo que había nacido para ser frondoso árbol, un arbusto raquítico y sin vida. Martirizadla cruelmente al hacer esta mutilación, y pronto la veréis morir. Apagar, en vez de avivar, que es nuestro deber, la luz divina en su alma, creada por Dios para brillar, es sembrar el germen de un sufrimiento que jamás se calmará y que tal vez la arrastre á extrañas exageraciones.

«No hay tormento comparable á esa necesidad de lo bello y lo verdadero que no se puede satisfacer, á ese dolor íntimo del alma que sin saberlo, sin darse cuenta de ello tal vez,

ha equivocado su vocación; y esa necesidad que parece responder á una voz divina, la siente la mujer lo mismo que el hombre, en la vida ideal como en la material. «Nuestra alma es un pensamiento de Dios. Es decir, que existe para ella un plan divino del que nos acerca ó nos aleja nuestro esfuerzo ó nuestro abandono; pero que siempre existe en la sabiduría ó bondad divina. Para realizarlo toda la grandeza de alma, de inteligencia y de corazón, es poca. Dificil es prever, desde luego, á qué destina Dios estos dones: pero la verdad es, que los destina para algo, y que si somos fieles á esta vocación providencial nos libramos de terribles peligros.»

Cuanto hay de cierto en estas palabras lo podemos afirmar las mujeres. Nada más saludable para nosotras mismas que el poder encauzar nuestros sentimientos, que por la fuerza de su intensidad, son la mayor parte de las veces causa de nuestras desgracias y de la de aquellos que nos rodean. ¿Acaso no sentimos nosotras con la misma avidez indescriptible que el hombre expresa en sus potentes creaciones, cuando la aspiración á soñadas sublimidades inflama su alma en el divino fuego de las ideas? ¿Acaso somos insensibles á los encantos de la naturaleza, cuando nos habla con sus magnificencias despertando nuestro espíritu á inefables emociones?

Vosotras las que me escucháis, responded por mí á esas dudas del hombre acerca de la elevación de nuestros sentimientos; investigad vuestras sensaciones todas y ved, si no es cierto que en lo recóndito de vuestras almas se esconden iguales ansias que esas denominadas por el hombre sed de saber.

Cuando alguna vez, al nacer el día, ó al caer la tarde, os habéis encontrado en presen-

cia de uno de esos bellos espectáculos de la naturaleza, que atenta toda á la salida ó puesta del astro diurno, se reconcentra en la oración universal que todos los seres levantan en esos momentos del crepúsculo, ¿no habéis sentido un afán inexplicable por tender las alas de vuestro espíritu, á regiones ignotas en donde poder descubrir los misterios de la creación y saciar esa sed de infinito, que inspira, cuando se ve y se escucha en esos solemnes instantes, lo mismo la nube de púrpura y oro que se mece en el suave azul de los cielos que los asombrosos movimientos del mar, el mugido de sus olas, ó las cadencias de las perfumadas brisas?... Tal vez no habréis acertado á definir vuestras emociones, pero seguramente sentisteis vuestra alma suspensa y confundida en la universal irradiación.

Saturado el espíritu de esas bellezas, tiende á dilatarse en una nueva vida, para lo cual exige la ayuda de la luminosa inteligencia despierta por el estudio; cuando esto no ocurre, el espíritu plega sus alas y se arrastra por el polvo de la tierra.

De aquí los extravíos de la mujer que con ridículas veleidades y condenables caprichos, llena ese vacío de su alma, debido al desequilibrio de las funciones psíquicas. Perdonad la inconstancia de la mujer en sus pensamientos y afectos y no hacedla aún responsable de tantas faltas.

¡Ah, de cuántas culpas y pesares nos veremos libres el día en que sea un precepto la educación que hoy suspiramos!

¡Cuántas de vosotras habréis ahogado en el silencio de vuestros ocultos dolores, las fuertes protestas con que condenamos á una sociedad egoísta que nos priva de toda libertad, sujetándonos con sus injustas disposicio-

nes á las más tristes miserias, así morales como materiales!

Nuestra España, preciso es confesarlo, marcha muy retrasada por la senda de la civilización: nos hemos estacionado.

Mientras que por todas partes se abren las Universidades para dar entrada á la mujer, en nuestro país aun se discute algo la conveniencia de tal determinación y se entornan tanto las puertas de esas aulas, que es un *avis rara* la mujer que logra cruzar por ellas.

Es menester desprendernos por completo de este espíritu reaccionario que tan apegado está á nuestra naturaleza; es preciso dar satisfacción al mundo civilizado, despertando á la nueva vida.

Bien sabemos que cada día se hace más precaria la situación de la mujer española; el trabajo escasea de una manera alarmante, y se necesita una virtud acrisolada para resistir las corrientes del mal. ¿Quién se atrevería á hacer la estadística de esas delicadas jóvenes, que para atender á su subsistencia tienen que pasar el día y las largas veladas sujetas á la máquina de coser, que en su ensordecedor movimiento ahoga infinitos suspiros de cansancio?.....

Cuando se considera las amarguras y vejaciones por que pasan la mayor parte de las mujeres, parece cuasi lógico que la inmoralidad aumente de tan espantosa manera. El trabajo es amable, pero, es muy triste no poder encontrar otro modo de trabajar que doblando la frente á la cansada costura, ó someténdose á rudas faenas que contrastan con la delicadeza particular de muchas jóvenes. La enseñanza primaria y el profesorado de ciertas artes, ofrece algun medio de vida á la mujer, pero tan miserablemente, que la hun-

de en un abismo de privaciones exponiéndola al mismo género de calamidades y afrentas que en los otros trabajos. La maestra que, á grandes esfuerzos, obtiene una titular en cualquier pueblo de nuestra España, no puede contar con la seguridad de estar al abrigo de la miseria, segun el abandono en que aquí se tienen sus subvenciones, y aparte de esto ha de pasar por la vergüenza de sufrir las inconveniencias y arbitrariedades de los *caciques*, nuevos señores feudales en nuestro orden social. Además las ineludibles leyes de la moda, imponen á la dama de la alta clase el confiar la educación de sus hijas á esas institutrices importadas del extranjero, y si alguna vez contraviniendo ese *buen gusto* admiten de profesora á una española, es abusando inicuamente de su modestia, con el triste estipendio de mezquinas retribuciones.

Se nos dirá que por el mismo lastimoso estado de nuestro país, iguales dificultades hallaría la mujer en su lucha por la existencia, si se hubiese aprovechado de las demás profesiones, empleos y carreras, por ser muchos los hombres que poseyendo títulos académicos, ó universitarios, viven en la más afflictiva situación, sin encontrar en donde ganar el pan de su familia. Sin embargo, esto no nos convence.

Sabemos que la causa de tanta miseria por que estamos atravesando, consiste en el terrible desequilibrio en que se halla nuestra sociedad. Para contrarrestar este mal, es precisamente para lo que hace falta el colocar prontamente á la mujer en completa posesión de sus derechos individuales.

En todas las esferas sociales se está sintiendo la necesidad de un saneamiento moral,

al cual no atiende ya el hombre. Deje éste que la mujer llegue á su lado como verdadera compañera, que tenga ella conocimiento de todo, y en breve se notaran los beneficios de su influencia. Hoy, á causa de su ignorancia, se perjudica grandemente, perjudicando á la sociedad con la violencia de sus caprichos, única cosa en la que, por lo regular, manifiesta sus energías. Tome ella algún interes en la cosa pública, y se verá como todo varía saludablemente.

La nación estará pobre, pero ello es que mientras el infeliz obrero mendiga el pan para sus hijos, el fausto no decrece y la ostentación del lujo, con sus brillantes trenes, consume no sólo las rentas de los enormes capitales, sino esas escandalosas sumas que la inmoralidad administrativa adiciona á los modestos sueldos de nóminas.

Con esas defraudaciones que tan cínicamente se cometen, queda empobrecida nuestra Hacienda pública y escarnecida la moral social; pues se sabe, que el hombre sin conciencia que abusa tan innoblemente de las facilidades que le ofrece el puesto que ocupa, no lo hace para otra cosa que para sostener sus licenciosas costumbres.

Tiempo es ya de que la mujer se aperciba de cuanto ocurre; que sepa, que el oro que compra su honra, es la mayor parte de las veces robado, y aun cuando sea con la pulcritud del caballero que lo guarda en los bolsillos de una levita, no deja de ser un repugnante robo, robo que se hace quizás á la mujer que lo recoge, la cual podría obtener ese oro de una manera decorosa, si pudiera ocupar un puesto en las oficinas. Es necesario que la mujer comprenda su derecho á la vida, la parte que

le corresponde en el trabajo y en la retribución, y así no habrá tantas mujeres que se vendan por un pedazo de pan, ni tantos infames que la paguen.

¡Oh! si muchas de esas desgraciadas que arrastran una existencia digna de compasión, se hicieran cargo de lo fácil que sería el sostener la vida, si ellas se empeñaran en buscar el pan, no con su belleza, sino con su inteligencia, la sociedad y la familia estarían muy pronto de enhorabuena.

La mujer instruida conoce la honradez en todos sus conceptos; sabe que la probidad, el cumplimiento del deber, ha de ser una cosa muy respetada por el hombre; y en vez de seducirle con sus halagos impeliéndole á cometer acciones indignas, para satisfacer la desordenada pasión del lujo, le sostendrá con sus prudentes consejos, arreglando los gastos de la familia al minimum de los ingresos, para no contraer deudas que quizás no pudieran ser saldadas, más que por medios ilícitos.

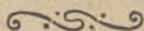
¡Y cuánto habríamos de ganar, señoras mías, en satisfacciones, si en posesión de nuestros individuales derechos, pudiésemos hablar con conocimientos de todos los asuntos! Entonces, no se recibiría del hombre esa amarga respuesta de *vosotras que sabéis de esto*; respuesta que debe doler mucho á la mujer, que ama verdaderamente á su marido y se interesa por cuanto piensa y hace.

Ved, cuánto urge el levantarnos al nivel intelectual de ellos á fin de que la fusión sea completa, al encontrarnos dignas por la educación como lo somos por el corazón, de participar de todas sus esperanzas, de todas sus zozobras, de todas sus tristezas y de todas sus alegrías.

Además, hay otra cosa que lo exige imperiosamente y esto es la *Moralidad*. En nombre de esta virtud de los pueblos, esencia de las religiones todas, la voz del siglo nos conjura á que salgamos de nuestra apatía, y vivifiquemos con las puras emanaciones de nuestra inteligencia floreciendo á la vida, esta sociedad que agoniza por falta de generosa savia. La historia de la humanidad nos enseña, como, cuando las sociedades aparecen extenuadas, se presentan las invasiones de nuevas fuerzas; razas distintas vienen con sus vírgenes energías á sostener las naciones que se derrumban, porque la naturaleza desgastada necesita de elementos nuevos para reconstituirse.

Por esto sin duda, toca ahora á nuestro inculto sexo, el hacer irrupción en los derechos del hombre, ofreciendo la grandeza de una fuerza virgen oculta en nuestras almas dormidas hasta hoy en la indiferencia de la ignorancia, á cambio de la vida inteligente; para que en esta mezcla de lo viejo y lo nuevo renazca todo lo perdido, y volvamos á dar al mundo el vigor de sus felices épocas, renovando las grandes epopeyas de los tiempos heróicos, las potentes creaciones que brotaron cual milagros de las artes de las inspiraciones clásicas, y la fe inmortal en que se funden el platonismo de los puros ideales con las verdades de las creencias racionalistas; fe anunciada por el filósofo creyente, y cantada por el poeta que arranca de las cuerdas de su lira ráfagas de luz; fé que ha de iluminar la mente del hombre de ciencia, que ha de arraigar en la conciencia del político excéptico y ha de levantar el corazón de los degenerados artistas, para que la sociedad suba rápidamente esa escala que el cielo tiende á la tie-

rra, con la esperanza de que sus pobres habitantes asciendan á la perfección y cumplan sus anhelos por lo inmenso, por lo maravilloso, por lo infinito.



Yo no puedo creer, señoras y señores, que haya elemento por retrógado que sea, capaz de oponerse hoy á la instrucción de la mujer.

Ya vemos cómo la Iglesia, en sus primeros tiempos, trató de redimirla por medio de la instrucción, única cosa que eleva el espíritu en busca de Dios. Los mismos enemigos de la nueva fe, exclamaban admirados: «¡Oh dioses de la Grecia qué mujeres hay entre los cristianos!»

Por desgracia para nuestro sexo, aquella civilización comenzada por los apóstoles de Cristo, fué degenerando á impulsos de la ambición de mando, del afán de esclavizar que se apoderó también de los llamados padres de la Iglesia; y la mujer, que venía ejerciendo el sacerdocio con los mismos derechos que el hombre, catequizando, bautizando y estudiando los misterios de la religión, quedó en el siglo V, por tres concilios y dos papas, alejada definitivamente de las cosas santas. Dejó de predicar, de conferir órdenes y de oficiar, volviendo otra vez á la esclavitud de la ignorancia y de la abyección; no sólo se la rechazó del altar, sino que se arrojó sobre ella todos los denuestos más groseros é ignominiosos; se la prohibió hasta lavarse para hacerse completamente repulsiva y tal oprobio se echó sobre su frente y tal odio se desencadenó con-

tra aquella que tan hermana fué del sacerdote en los primeros días del Evangelio, que dudamos del buen estado de las facultades mentales de los hombres que tal dieron y sancionaron.

No es de extrañar, pues, que al finalizar el siglo XIX, aun se encuentre la mujer tan postergada; continuamente estamos escuchando las quejas de las que no saben leer ni escribir, á causa de la oposición de sus padres, todavía aferrados al gran error de nuestros abuelos, de que el saber una mujer trazar su nombre ó deletrear un libro, es atentatorio á la moral y á la religión.

¡Bendito sea el progreso que difunde la luz tan necesaria á la humanidad!

A pesar del atraso que lamentamos, son bien fundadas nuestras esperanzas en el porvenir; alguna cosa vamos adelantando. Pues ya hoy también, si penetramos en la humilde aldea escondida entre los riscos de la sierra, es fácil que veamos, á la graciosa zagala, sentada bajo el emparrado de la puerta, entretenida en leer: no tardaremos por lo tanto en ver á la zafra lugareña convertida en mentora de sus hijos, dándoles, en las veladas del invierno, al amor de la lumbre, con cariñosa solicitud, ese pasto del alma que se llama educación. Con esto huirán los encantos de las églogas, y ni en oteros, ni en cañadas repercutirán los ecos de los idílicos amores; la encantada fuente, perderá su ninfa, y los rincones campestres sus leyendas y miedos; pero en cambio, la razón recobrará sus derechos en la inteligencia humana, y la sociedad se regenerará con este nuevo renacimiento del espíritu, evocado por la mujer.

Mucho se ha escrito en contra de este laudable deseo de levantar á la mujer á la altura

en que debía encontrarse. Las sátiras que se han becho acerca de las mujeres sabias, y el ridículo que echaban animosamente sobre la que trataba de salir del nivel ordinario, han detenido este movimiento tantas veces iniciado.

Bien se ha dicho, y se repite, que no son mujeres pedantes lo que se desea, sino mujeres inteligentes, juiciosas, pensadoras, instruidas en todo lo que es útil saber, como madres, como educadoras, como amas de sus casas y mujeres de sociedad.

El Obispo de Orleans, se expresa así respecto á este particular:

«Si admitimos, dice, que se debe favorecer el desarrollo intelectual de la mujer, bajo el punto de vista de la utilidad de la familia, se debe aceptar un desarrollo completo, sin que se le ponga límites arbitrarios. (injustos y antipersonales.) Una mujer que se eleva desde el sentimiento de lo bello, hasta el conocimiento de las artes y de las ciencias, no pierde ninguna de las buenas prendas de la mujer sencilla.

Estemos seguros que estos dones armonizarán con los deberes que la imponga el destino providencial de la que los recibió.»

Es innegable cuanto queda sentado, y á nadie debe ocultarse ya la importancia que ha de darse á nuestra educación.

¿Qué sentimientos, señoras mías, palpitarán en nuestra alma que no hayan de necesitar particulares conocimientos para su natural expansión? Si es el sentimiento religioso, el amor á Dios, la mujer no puede ser verdaderamente fervorosa, porque casi siempre desconoce la grandeza inconmensurable de ese Supremo Ser, á quien cree haber prestado completa adoración, con sólo balbucear la

inocente plegaria que le enseñaron en la cuna. ¡Ah, cuán lejos suele estar de la gran emoción religiosa! Para rendir á Dios el culto debido, es preciso conocerle algo en la grandiosidad de sus obras; saber mirar á los cielos y distinguir el mecanismo inmenso que lo forma, extasiándose ante esos millares de soles, ante esos movimientos indescriptibles de los mundos, puestos en comunicación unos con otros, por medio de la luz, del calor, de la electricidad, que hace circular por las esferas todas, la actividad de la vida; vida que aquí, en el humilde planeta que habitamos, nos dá también la noción de Dios, con las maravillas de su espléndida naturaleza rebosante de bellezas sublimes, con sus misterios infinitos y sus abismos insondables, sobre los que gravita el pensamiento humano, que ansioso de apoderarse de todo, mide y pesa los elementos de la materia en el laboratorio del químico, estudia el cuerpo del hombre y las funciones vitales en la mesa del anatómico; escudriña con el telescopio los vastos desiertos del espacio; y engendra con el vapor y la electricidad, innumerables fuerzas que, acortando las distancias y mejorando nuestra mísera condición, nos hace concebir un más allá en el que flota como esencia de la creación, la divina idea que llamamos Dios.

Cuando absorta en la contemplación de todo esto, sienta la mujer inflamarse su espíritu y volar su pensamiento á impulsos de esas emociones despertadas por los cielos, entonces podrá decir que comprende y adora á Dios, bien que caiga de hinojos ante las manifestaciones de la presencia de Dios sobre la tierra, ó bien se postre al pie de la cruz en que espirara un redentor de la humanidad.

Si del sentimiento religioso pasamos al

amor de la familia, convengamos también en que falta mucho para que la mujer cumpla dignamente las obligaciones que le impone su destino de esposa, hija, madre ó hermana. Mucho será el amor de la madre por el hijo, pero rara vez ese amor maternal da todos los consuelos, todas las alegrías, todas las dichas que debe, por ignorar ella de qué manera ha de cumplir una misión tan grande.

Cuando la madre está sentada al lado de la cuna del hijo, meciendo suavemente su sueño, debe pensar siempre en la responsabilidad que le cabe en el desarrollo de aquella existencia, cuyos primeros alientos cuida. ¡Cuántos hombres que debieran ser grandes inteligencias, heroicos ciudadanos, magnánimos defensores de la justicia y el derecho, han quedado sepultados en una estéril medianía por falta de ese motor que debieron hallar en el amor materno! ¡Cuántas liras sublimes, que pudieran legar á la posteridad inmortales cantos, habrán perdido la gran tensión de sus cuerdas, resonando debilmente con cualquier lamento sin eco, sólo porque la madre no supo dar vuelos al alma del poeta! ¡Cuántos artistas y cuantos sabios deben haberse malogrado por no saber las madres ese lenguaje divino de las nueve hermanas que habitan en el Parnaso!

¡Oh madres! no basta con dar al hijo el jugo de vuestros pechos, el calor de vuestro regazo, la caricia de vuestros labios; tambien los seres irracionales aman y cuidan á sus hijuelos, protegiéndoles de todo mal. No juzguéis de vuestro cariño hacia el ser á que habeis dado vida, sólo porque seríais capaces de dar la vuestra por defender la suya; ¡ah! las fieras hacen lo mismo, ¿quien se atrevería á sorprender el antro donde la leona lame á

sus cachorros? No basta esto para demostrar vuestro maternal amor; hay que dar á los hijos, no sólo el jugo del corazón, sí que también el jugo de la inteligencia, para diferenciarse de los seres irracionales.

Por lo mismo, es imprescindible el que la mujer bañe su alma en los esplendores de la ciencia y de las artes; que no ignore quiénes eran esos grandes hombres que han iluminado á la humanidad, y la manera como han revelado sus geniales facultades; de este modo no reprenderá al niño que se entretenga con singular insistencia en alguna distracción, que se cree simple, cuando tal vez sea la revelación de algún trascendental invento, como sucedió al inmortal Wate.

«La mujer debe cumplir su sagrado destino de amar y dar vida. Si no es esposa y madre, será educadora, con lo que, formando el espíritu, no será menos madre» dice Michelet. Por esta razón, todas las mujeres tenemos el ineludible deber de instruirnos para no agostar en flor el talento destinado á dar óptimos frutos.

La suave é inteligente influencia de la madre, se refleja por lo regular en las creaciones del genio; los sentimientos morales que el sublime talento de Rafael Urbino desarrolló en sus magníficos lienzos, fueron debidos indudablemente á las cariñosas lecciones que su apasionada madre, deseosa de formar el corazón del artista, le diera en la niñez. Por el contrario, el gran Birón saturó el alma ardiente y desesperada que inflama todos sus cantos, en el glacial ambiente de pesimismo que su violenta y áspera madre desenvolviera en el opulento hogar del poeta inglés.

Si comprendieran todas las mujeres á cuan-

to llega el ascendiente del genio en las sociedades; como del estro poético se desprenden los maléficios que emponzoñan las costumbres ó los sanos efluvios que las purifican, atenderían más á levantar el espíritu del hombre para que á la atracción de los dulces sentimientos inspirados en la placidez del hogar, arrastrara á las muchedumbres hacia los altos ideales que perfeccionan nuestra naturaleza.

Casi siempre, al lado de esas grandes figuras de los hombres que han honrado á la humanidad con sus virtudes ó su genio, se destaca la de una mujer. Ya en la Biblia, al lado de Moisés, el legislador del pueblo hebreo, se distingue á su hermana María, sosteniéndole en sus trabajos de libertador. Sería muy detenido ir señalando en el grandioso cuadro de la historia todos los momentos críticos en que el hombre se eleva por sus sublimes hechos, con ayuda de la mujer. ¿Quién no sabe que la prosperidad del reinado de Clodoveo, el fundador de la unidad francesa, se debió á la benéfica influencia de su esposa Clotilde? ¿Quién ignora que el alma nobilísima de la católica Isabel fué la que dió apoyo á los planes del inmortal Colón, para el descubrimiento del mundo soñado con tanto afán?

Y en esferas más humildes, en el misterio del gabinete del pensador, en donde el sabio consume sus noches en la resolución de los grandes problemas, en el estudio de los prodigiosos inventos, suele también resaltar la dulce figura de una mujer, ya esposa, amiga, hija ó hermana, alentando las esperanzas del alma que se agita en febriles ansiedades, é iluminando, con el encanto del amor que penetra en el profundo abismo del pensamiento, el camino buscado por la mente del

hombre que trabaja por la consecución de su ideal.

Nada importa queden ignorados los nombres de esas mujeres, amantes del hombre y de la idea; las maravillas de la ciencia surgen para bien de la humanidad, sin que pueda interesar que el vapor, que da una vida desconocida á innumerables motores, y hace marchar rápidamente á la nave que hiende con la hélice las alborotadas olas, se deba mucho á los consuelos y alientos prestados por la amiga y la esposa, al desmayado espíritu del inventor. Sin embargo, reconócese la influencia de esa compañera, se hace constar en las biografías de esos célebres hombres, como una protesta contra tantos absurdos sostenidos en desdoro de nuestro sexo. En la edad antigua, como en la edad media y en la edad moderna, se revela la verdad de que la mujer es la mayor parte de las veces la sostenedora de las virtudes de los patricios eminentes.

Si Junio Bruto, el noble caudillo republicano que murió lamentándose de nuestra triste condición humana, fué uno de los varones más esclarecidos por sus virtudes cívicas, por su elocuencia, y su magnanimidad, debióse sin duda alguna al amable sostén que le prestaba su esposa, de quien él mismo decía: «Si la debilidad de su sexo no la permite compartir con nosotros las fatigas de la guerra, la elevación de su alma la hace capaz de los mayores sacrificios en beneficio de la patria.»

Que la mujer abra y estudie la historia; que se compenetre de sus grandes hechos; que conozca bien cuantos sacrificios ha de llevar el hombre á cabo para el enaltecimiento de la patria, y ese amor á la libertad que tantos héroes ha dado al linaje humano, arraigará en el alma femenina, y muy pronto dejará de haber

opresores y oprimidos, reinando la justicia por el triunfo alcanzado sobre el despotismo.

Examinad esa hermosa página de nuestra historia patria, la cual relata los hechos de los comuneros de Castilla. Entre aquel puñado de héroes derrotados en Villalar, descuella la arrogante figura de Padilla, tan valeroso como noble, tan arrojado en la lucha como resigido en el afrentoso suplicio. ¿No se refleja en el alma hermosa del caballero todas las sublimes dotes que adornaron la de su ilustre esposa? ¿Cómo no ser él amante de la libertad si en el corazón de María Pacheco ardía este mismo amor con llama inextinguible? ¿Cómo no ser denodado y piadoso, teniendo á su lado á aquella noble y heróica mujer?

No trato de citar aquí los nombres inmortales de las heroínas que han luchado por la independencia patria, y sólo me atengo á recordar los de aquellas que unidas al hombre por los lazos de la sangre ó los del amor, supieron elevarle á todas las grandes virtudes é impulsarle al cumplimiento de los más sagrados deberes; así podremos demostrar mejor á cuanto alcanza la buena influencia de la mujer de alma noble y despierta inteligencia.

Se sabe que Cicerón, el gran orador del pueblo que llenara el mundo, hallaba el consuelo de su vida y la inspiración de sus extraordinarias facultades en el inmenso amor que profesaba á aquella hija Tulia, á la que pretendía diera el mundo adoración, por ser como él decía la mejor y más instruída de las mujeres.

Lágrimas tan acerbas como las que derramó el eminente orador romano á la muerte de su hija, vertió en nuestro siglo Manin, el gran patriota que creó una república por la hija adorada, sostén de su vida de mártir.

En aquellas sangrientas luchas de la Italia antigua, se ofrece á la admiración del orbe la intrepidez de Espartaco, ¿y quién puede afirmar que la sublimidad de alma del héroe gladiador no se debiera al noble ascendiente de la fiel mujer que en huidas y en combates le acompañara siempre? La Italia moderna, en su última epopeya, nos presenta también al inmortal Garibaldi, alentado en el fuego de su inmenso patriotismo por el inalterable cariño de la idolatrada esposa que le seguía, compartiendo su gloria épica y los trabajos de sus proezas de libertador.

¿Y á qué cansaros más, si en el ánimo de todos está la importancia de tales asertos?

Muy doloroso debe ser para el hombre que siente intensamente el amor á la libertad, á la ciencia ó á la gloria, el encontrarse al lado de una mujer que no comprenda lo que eso significa y le contradiga en sus empeños de héroe, con la persistente queja de los espíritus egoístas que no atienden más que á su tranquilidad, y esterilice los trabajos de la inteligencia y evapore los sueños de la inspirada mente con el frío de la burla ó del enojo.

Reflexionemos en esto, y veremos al fin cuánto bien ha perdido la sociedad con tenernos sumidas en tanta ignorancia. Procuremos, ya que los tiempos van cambiando, no ser más rémora para el progreso social.

Una ilustrada y excelente madre, escribía á su hija los siguientes consejos que deberían tomar todas las mujeres para cumplir bien sus deberes de esposa.

«Respeta, le decía, las opiniones políticas de tu esposo, sean cuales fueren ellas. Es conveniente que el hombre pertenezca á un par-

tido. El no tiene la culpa de que los partidos sean muchos y se vea obligado á elegir. La única aspiración que sobre este punto ha de tener la mujer dócil, patriótica y espiritual, es que la política jamás rebaje la dignidad de su marido y que ninguna sombra notable empañe su buen nombre. ¡Cuántos hombres de estado han variado su carrera diplomática ó parlamentaria para complacer la coquetería de sus mujeres, ambiciosas de un título, un destino ó un cintajo! Vela sobre esa conciencia varonil de la que tú eres solidaria. Si vacila, sostenla.»

¡Si todas las mujeres pensaran como esa admirable madre, cuánta paz reinaría en tanto hogar como hoy existe alterado por las disputas de los matrimonios, á causa de querer la mujer sofocar el cumplimiento de los deberes del ciudadano!

Ya oís, mis queridas compañeras de sexo, lo que una mujer noble é ilustrada aconseja á su hija para bien de su felicidad doméstica y para la dignidad del hombre que la tomó por esposa. No os opongáis nunca á las justas aspiraciones del hombre que conoce sus derechos y sus deberes y quiere luchar por el triunfo de la justicia y de la razón. No le lloréis nunca el tiempo ó la moneda que gasta en los círculos á que se afilia para la agrupación de las fuerzas. Eso que hace es noble, eso que hace es santo. ¿No lo sabéis? De esa manera es como se rinde el venerable culto que la vida humana reclama. No consiste la bondad del hombre en ser solamente bueno para su familia, tiene que ser bueno para el mundo entero, luchando por el triunfo de las grandes ideas que levantan á la sociedad, ideas políticas ó religiosas que prometen la dignificación personal, acabando con la tira-

nía de los malos gobiernos y la imposición de la teocracia.

Despreciemos, si, al hombre egoísta que encierra todos sus anhelos en el reducido círculo de su hogar. El hombre está obligado á ser el eterno Prometeo de la fábula; ha de ser mártir y creador; ha de batallar sin descanso por la libertad y por la luz, agrupándose bajo nobles banderas, para conquistar de una vez para siempre los derechos individuales postergados por la ambición, y extinguir las horribles miserias de los de abajo, causadas por las inicuas explotaciones de los de arriba; á fin de que no haya quien muera de hambre; quien tiemble de frío; quien se estremezca de miedo; quien tenga grillos en los pies y trabas en la conciencia; quien suspire por compasión, quien grite por justicia, quien clame por fé, quien pida aire, sol, espacio, dicha y vida.

Ved, pues, si es preciso que el hombre consagre una parte de su existencia á esos trabajos, tan poco simpáticos hasta hoy para la mujer. La señora antes citada, comprendía esta necesidad y á pesar de sus preocupaciones de mujer, admitía lo justo de esa obligación. Así mismo, dice á su hija, al tratar de las diferentes opiniones religiosas que suele haber entre los esposos: «Estamos atravesando un tiempo de cuestiones religiosas y cuestiones políticas. Nuestro cometido es bien sencillo. Abramos las ambulancias de las conciencias heridas y curémoslas con la buena salud de nuestras almas. Es menester convenir que tras tantas y tantas revoluciones, controversias y escándalos, los hombres son algo excusables por sus dudas; dudas, que son la enfermedad de la crecencia del espíritu humano. Los que tan maravillosamente

ojean el cielo, la tierra y los mares, buscan un nuevo Dios. Toda vez que ellos andan en investigaciones, seamos indulgentes; preparémosles el abrigo para cada descanso; la buena palabra para cada decepción.»

Esta admirable madre, para calmar las zozobras de su hija le dice también: «No creas que todos los que se niegan á las prácticas religiosas son fatalmente ateos. ¿Conoce alguien jamás el fondo de la impiedad humana? Muchas veces, hay bastante fô mal colocada hasta en blasfemias extravagantes.»

¡Oh! cuánta mejora alcanzaría el mundo en breve, si todas las mujeres pensasen, sintiesen y aconsejasen así.

Esto se conseguirá cuando todas sean tan ilustradas como la prudente madre que con tanto tino emitia sus ideas teórico-prácticas.

Hay quien hace mención, de que muchas mujeres que han brillado por sus talentos, han tenido una conducta poco edificante á semejanza de aquellas famosas amigas de Sócrates, las bellas cortesanas de la Grecia, queriendo demostrar con ello, que la cultura extravía á la mujer. Semejante necedad no puede ocurrírsele á nadie que raciocine con lucidez, viendo cómo la ignorancia da fomento á la depravación. Podemos asegurar que la mujer que cultiva su inteligencia, eleva su espíritu y ¿si en la esfera del saber no encuentra el alma la luz precisa para caminar hacia el bien, qué hará si se hunde en los abismos de una ignorancia absoluta?

Amemos la instrucción, señoras mías; consagrémonos á ella para levantarnos del estado ignominioso en que aún nos encontramos en nuestro país. Pongámonos á la altura de las demás naciones, para no tener que avergonzarnos de nuestra patria.

«Nada hay que mejor demuestre el carácter de un hombre, ó de un pueblo, que la manera como tratan á las mujeres» ha escrito un filósofo. Si nos fijamos en tal afirmación, vemos, que nuestra España pone de manifiesto un deplorable atraso, segun el poco respeto que aquí, por lo corriente, se guarda á la mujer.

Los compromisos, la gratitud, la palabra empeñada, la lealtad, el honor, todo lo que entre las relaciones de los hombres entre sí, son cosas sagradas, so pena de pasar por un mal caballero, tratándose de la mujer, pierde su importancia. El engañarlas se tiene por una diversión; el ofenderlas por una habilidad; y se juega con su sencillez, con su corazón y con su honra, sin que el menor remordimiento se agite en las conciencias de los que tal hacen, por encontrarlo muy admitido en nuestras miserables costumbres.

Tiempo es ya de que nuestras almas se resientan de tal humillación y vergüenza. Protestemos de esas costumbres, que nos envilecen; que el hombre se haga ya cargo de que somos la mitad de la humanidad, y que los derechos que corresponden á una parte, pertenecen también á la otra. Volvamos nuestra mirada hacia esas naciones más felices, en donde las leyes amparan á la mujer de una manera más digna y justa, y pidamos que aquí se legisle de igual modo, á fin de que se nos respete mejor.

En «La Mujer del porvenir», ese precioso libro de la eminente pensadora doña Concepción Arenal, libro que debiéramos de saber de memoria todas las españolas, se expone con notable claridad nuestra desgraciada situación, y se pide con justificada insistencia por la dignificación de nuestro sexo.

«Las grandes cuestiones, dice en él la ilustre escritora, se resuelven hoy á grandes alturas intelectuales; es necesario que la mujer pueda elevarse hasta allí, para que no prepondere el egoísmo, la dureza y la frialdad.»

Hoy el camino se presenta más expedito que cuando la señora Arenal escribía la hermosa obra á que nos referimos, y podemos realizar mejor los deseos expresados por ella. Oigamos la voz de la insigne mujer, gloria de nuestra patria, y repitamos sus palabras: «Queremos que la mujer sea la compañera del hombre. Pudo serlo sin educar, del hombre ignorante de los pasados siglos; no lo será del hombre moderno, mientras no exista entre sus ideas, la misma armonía que hay entre sus sentimientos.»

A esto deben tender todos los esfuerzos del alma femenina.

«Todo ignorante es un esclavo» dice el proverbio. No seamos por más tiempo esclavas; rompamos de una vez las ominosas cadenas y salgamos de las tenebrosidades en que hemos estado sepultadas tantos siglos.

Trabajemos por la ilustración de nuestro sexo; propaguemos la educación; hagamos por que se establezcan más centros de enseñanza en donde la mujer reciba la luz del entendimiento; agrupémonos y fundemos sociedades para fomentar en lo posible el amor á la instrucción.

Es de gran necesidad que la mujer española demuestre sus deseos de ser educada de una manera conveniente; que frecuente los Institutos, las Academias, las Universidades, para que pueda ser artista, literata, bachiller, doctora, todo cuanto es en otros países.

¿No leéis continuamente en la prensa los adelantos de nuestro sexo en Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Austria, Rusia y otras naciones?

¿No os causa sentimiento el que nos tengamos que considerar tan niñas, al lado de esas nuevas mujeres de los Estados Unidos, que dan la norma de la emancipación femenina á este viejo mudo?

Es preciso que nuestra prensa iguale á la extranjera, consignando también esos mismos adelantos entre las mujeres españolas, y que la sociedad acabe de salir de su error, respecto á la insignificancia de nuestra inteligencia. Hasta ahora ha sido muy difícil encontrar una mujer con bastante ánimo para acometer la colosal empresa de salir de la vía ordinaria. Podemos contar con algunas que ostentan los laureles del triunfo, y las cuales merecen nuestro unánime aplauso, pero no basta esto, hay que generalizar esos esfuerzos hoy tan raros aún.

A las madres débese recomendar la importancia de tal propaganda; que ellas comprendan el bien que será para sus hijas el poder encontrarse en posesión de un seguro porvenir, para librarse de la miseria y de la degradación.

Ocúpense las madres españolas de ese trabajo para el mañana que perseguimos. Toda petición que parta de ellas tiene que ser acogida. Recordemos aquella que las madres suizas dirigieron al Gran Consejo de Ginebra para la admisión de las mujeres en la Universidad; el ruego de las nobles madres que pedían luz para el alma de sus hijas, no podía ser desoído, y la Universidad se abrió para dar entrada á buen número de jóvenes hambrientas del santo pan de la ciencia.

Sería criminal el resistir á la corriente del siglo. Luchemos, hermanas mías, por conseguir la abolición de todas las injustas leyes, que ponen á la mujer fuera del derecho común y público, tal como se acordó en el Congreso Internacional de Bruselas.

No hace mucho, decía el distinguido escritor Sr. García Ladevese con su brillante pluma:

«El círculo se va extendiendo, la utopia de hace algunos años va tomando formas de realidad. ¡Qué lejos estamos ya de aquella época, en que se achacaba á pura galantería la frase de Víctor Hugo: *El problema del siglo XVIII fué el hombre; el problema del siglo XIX es la mujer*. Hay muchos que no tienen ni remota idea del terreno que la causa de la emancipación femenina va ganando de algún tiempo á esta parte. Sin salir del viejo continente, y aun atendiendo sólo á los resultados prácticos hasta el día obtenidos, es fácil apreciar de una sola mirada sus enormes progresos.»

Y verdaderamente, señores, asombra el incremento que en pocos años ha tomado esta campaña de nuestra emancipación.

Sería cosa de no concluir en toda la noche si fuese á dar extensos datos de todo cuanto se hace y se trabaja por el enaltecimiento de la mujer.

Creo á los que aquí me escuchan, bastante amigos de la ilustración, para que ignoren cuanto se refiere á este movimiento de que tratamos. No me propongo, pues, daros conocimientos que ya tendréis y sí, únicamente, despertar vuestro entusiasmo por una causa tan justa.

Se ha anunciado para muy pronto el Congreso de los derechos de la mujer, que se verificará en Londres y el cual ha sido organi-

zado por la «Federación de las mujeres de ambos mundos». Ilustres damas hacen la propaganda en todas las naciones para la mayor importancia de ese acontecimiento. ¿Qué dicen á esto nuestras compatriotas?

¿Permanecerá en silencio nuestra España? No, amigos míos, ó muy poco han de valer las españolas, ó allí á donde ha de acudir la mujer grave de los pueblos del Norte, la risueña del suelo meridional, la tímida que representa la raza que fué cuna del mundo y tantas mujeres que, ahogando las diferencias de clima, costumbres y religiones, van á dirimir la gran contienda de los siglos sobre los derechos individuales de nuestro sexo; allí ha de estar también representada la mujer de España para hacer saber al mundo civilizado, como España sigue siendo la nación culta y noble de otros tiempos; como aun la ilumina de lleno el esplendente sol de nuestros días; como aun palpita en su seno el sentimiento de lo bello y de lo justo; como aun se estremece valientemente y apresta sus generosas fuerzas para las santas cruzadas del progreso; como aun es benéfica, espiritual y grande; como aun es España!!

Lo esperamos así. Sí, esperamos que así sea, para lo cual es necesario nos preparemos también.

Ya sabéis que en varias poblaciones de nuestra querida patria se van organizando sociedades feministas, con el objeto de extender la propaganda, á fin de que ya pueda escucharse nuestra voz en ese grandioso concierto de la mujer regenerada. Yo espero que Sevilla no quede atrás en esa empresa; que sus hijas cumplan con su deber. Tomen las simpáticas sevillanas también pasaje en la nave que va en busca de un nuevo mundo y

no las detenga el respeto á la tradición. Por miedo á ella estamos en semejante estado y tiempo es ya de conocer nuestra equivocación.

Tenemos que romper con la rutina que nos sujeta al pasado, y con todo aquello que nos niega la deseada rehabilitación.

Nuestro estacionamiento obedece, sin duda alguna, á la preponderancia que en nuestra nación han tomado los hombres de la iglesia. No tenemos más remedio que reconocer al clericalismo por el enemigo de todo adelanto; y al reconocerle, tenemos que combatirle para que nos deje el paso libre, porque de otra manera nunca alcanzaremos nuestra reivindicación.

La fuerza de la religión católica estriba en la mujer, y por eso la secuestra en los conventos, la entretiene en las sacristías y la sugestióna en el confesonario, privándola de libertad, de decoro y de inteligencia. No os admiréis, señoras mías, de que protestemos de una iglesia á la que debemos la vergonzosa esclavitud en que estamos sumidas; hora es de comprender nuestra abyección; hora es de levantar nuestra frente, hora es ya de apartarnos de esa madrastra y recobrar nuestra dignidad de seres libres, dando amplitud á todas las facultades con que Dios nos ha dotado.

En otros días no podíamos hablar así porque la ignorancia cerraba nuestros ojos, y creíamos un insulto al Ser Supremo al pararse á escudriñar los secretos de una religión tan respetada, el indagar los misterios de un dogma que se tenía por único.

Con el transcurso del tiempo hemos conocido la verdad, porque no en balde el Santo Oficio con sus infamias, con sus potros y con

sus hogueras, achicharró la carne, trituró los huesos y desgarró las conciencias de nuestros antepasados.

Hoy, que llegamos ya á todo sin miedo ni temor, vemos que la religión católica se hace insostenible, porque es la rémora de todo progreso, á la vez que el foco de todas las abominaciones.

Los que se llaman sus ministros se presentan ya ante el mundo como verdugos de la humanidad, á la que niegan toda vida; y en el corazón de la mujer no debe haber amor hacia aquellos que destruyen la familia, separando al hijo del padre, á la hermana del hermano, á la esposa del esposo, sembrando el odio entre ellos y robando la paz, el honor y la alegría de los tranquilos hogares.

No quisiera hablar con rencor de eso tan respetado hasta ahora por la mujer, ¿pero, como nó, si á ello debemos la abyección en que aun estamos sumidas? Es preciso despertar á todas las mujeres á la realidad de las cosas; hacerlas ver en qué consiste su degradación y decirlas, que si quieren ser honradas, inteligentes y buenas, tienen que huir por fuerza del consejo del sacerdote, evitar que roce un pliegue de su falda con el negro hábito del jesuita, y el contaminarse con el ponzoñoso aliento que se absorbe por las rejillas del confesonario.

¿No lo sabéis acaso? ¡Cuántas de las que me escucháis en esta noche, guardaréis en el refugio de vuestros recuerdos, la grosera frase, el vocablo impuro, la palabra estúpida deslizada en vuestros oídos en el momento de la confesión!

¡Ah! Esto es tan cierto como vulgar; y por eso, toda mujer que se tenga por digna, no puede avenirse á recibir tales ultrajes y

tiene que apartarse de esos tribunales de la Iglesia católica en los cuales se infama el pudor de la joven y se atenta al sagrado de la inocencia.

Por esto es por lo que gritamos en contra de los *hombres negros*; porque ellos sostienen el envilecimiento de nuestras costumbres, fomentando el error de la mujer y sustrayéndola á todo lo que sea un bien para ella.

Conocedlo así, mis queridas compañeras de sexo, y ved cuanto urge el separaros de ese camino. Podéis ser religiosas, muy religiosas si así os place, sin necesidad de frecuentar los templos católicos. Si creéis que Dios está en todas partes ¿á qué ese empeño en buscarle en determinadas casas, llamadas moradas suyas, porque se llenan de aparatosos altares?

No hagáis caso del tañido de esas campanas que sin cesar os llaman. La Iglesia no puede hoy tocar mas que á sus propios funerales. Otros ecos son los que habéis de atender, los que os llegan de esa diana entonada por el progreso.

Prestad atención á esos nuevos acordes, y lograréis salir de vuestra indiferencia hacia las grandes conquistas del siglo, levantando vuestras almas á la altura de nuestros días. ¡Y cuánto bueno podremos dar así al mundo!

Uno de nuestros ilustres pensadores, ha dicho: «Es sabio el ingeniero que aprovecha la fuerza oculta en un salto de agua, pero es más sabio el legislador americano, que está aprovechando la inmensa fuerza oculta en el pensamiento y en el corazón de la mujer.» ¿Cuándo esa fuerza será también aprovechada aquí? Pero ¡ah! que nuestra patria no es libre aún, y por eso nosotras tenemos que ser más esclavas. Sí, lo confesamos con infinita

amargura: ¡nuestra España gime bajo el yugo del despotismo; la tiranía es enemiga del derecho, y en vano nosotras clamaremos por los nuestros, mientras rija esta nación un gobierno detestable y desventurado!

Nuestra esperanza está en vosotros, republicanos, y á vosotros nos acogemos las que suspiramos por dignificación.

La mujer española sufre hoy como ninguna mujer del mundo, despreciada por su ignorancia, afligida por su estado y lastimada en sus amores de madre, esposa, hija y hermana...

¡Escuchad sus lastimeros ayes cada vez que una nave zarpa de un puerto con el triste cargamento de amados seres que van á espirar á la manigua! En los hogares de nuestro pobre país, no hay más que lágrimas y suspiros, y un ardiente deseo de paz que brota de los corazones de las mujeres españolas, sin fuerzas ya para sufrir tanta angustia y dolor como causa la noticia del descalabro, las venganzas del filibustero, el tardo llegar del correo, la carta que se perdiera y la fatal nueva del que murió bajo el machete ó á la ponzoñosa influencia del clima.

¡En el país en que las madres lloran, debe sentirse la maldición del cielo!

Se sabe, que los causantes de tan inmensas desgracias, son los gobiernos que vienen rigiendo nuestra nación; pues bien, republicanos, en nombre de las madres que lloran, salid de vuestro letargo; dad el empuje supremo á vuestras filas; que sea derrotado ese gobierno que envilece y mata, y dadnos ya la paz y la ilustración por que suspira la mujer de España.

Siempre he creído que la mujer no está bien en la política, que su natural tolerante

y sensible no debe ser maleado por los enconos de partidos, pero hay momentos tan críticos en la vida de los pueblos, que es necesario prescindir de conmovedoras delicadezas y no atender más que á un objeto, al más sagrado, á librar la patria de la vergüenza y del dolor! Si necesitáis del elemento femenino para dar á España esa República que ha de salvarla, decidlo y nos tendréis pronto á vuestro lado para combatir al enemigo, para nivelar vuestras diferencias, para levantar vuestro ánimo, para armonizar vuestras fuerzas, para acompañaros al triunfo y ayudaros á asentar sobre su pedestal de esplendores, á esa hermosa matrona de ropaje con reflejos de aurora, la que devuelve siempre la vida á las agonizantes naciones, y á la cual elevaremos una nueva salve, para que nos dé la realización de nuestras esperanzas, y terminen las guerras y concluyan las injusticias y acaben las tiranías y haya más derecho, más fraternidad, más igualdad, más vida, más patria y más luz.

He dicho.

AMALIA CARVIA.



20 MILES



Ayuntamiento de Madrid